

EL SISTEMA POLITICO MEXICANO DURANTE EL SIGLO XIX

Víctor López Villafañe

La tesis central de este artículo girará en torno de lo siguiente: durante el siglo XIX, debido al movimiento independentista en primera instancia, el país ya adulto en edad, pero infantil en conciencia, fue arrojado por sus propias contradicciones, al encuentro de su identidad, pero sin tener aún en su sistema político y social las fuerzas suficientes para lograrlo. De ahí que este siglo históricamente se defina por lo controvertido de sus estructuras, por las numerosas crisis políticas, por la falta de una estructura económica solvente y adecuada, y lo más importante, por la ausencia de una ideología que impulsara homogéneamente al país.

Dos mundos se encuentran

El indígena, un mundo básicamente espiritual, explicado por el aislamiento, ese que produce una soledad sobria y contemplativa, que da una filosofía singular de la vida, con una conciencia envuelta en la mistificación de la existencia. El español, en cambio, representa al mundo en transición, dominado tanto por las ideas de los incipientes Estados modernos europeos como por las ideas

religiosas que impregnaban toda su vida. El choque provocado por la conquista como punta de lanza de las nuevas economías dominadas ya por un incipiente capitalismo y una vez iniciado el ejercicio material y espiritual de la práctica colonial, crearon una cultura singular, cambiante y muy heterogénea.

Por otra parte, la práctica colonial no sólo significó el traspaso de riquezas para España (aunque lo fue en gran medida), sino también y más importante, representó al cabo de tres siglos, la imposición de un arquetipo de vida, que iba de lo más complejo en la administración burocrática de la economía colonial hasta los actos más simples cotidianos, esos que marcan una determinada existencia a lo largo del tiempo y que involucran una actitud individual frente a las cosas y los hombres.

Este periodo fue, pues, no sólo destrucción de una cultura auténtica, aunque de algún modo lo fue, sino más bien un acto de creación y por lo tanto único en el tiempo y en el espacio. Este momento que al brotar la historia que le sucedería se agiganta y que sembró la semilla que más tarde iba a dar diferentes y



diversos productos, que fueron los ingredientes políticos y sociales con los que se narra el siglo XIX.

La Colonia: suele denominarse así al periodo histórico que formalmente abarca casi trescientos años, que recorre el velo cronológico en 1521, hasta el movimiento de independencia de 1810. Sin embargo su influencia sobrepasa este límite, y es muy posible que hoy en día algunas formalidades de poder y control institucional, escondan sus raíces profundamente coloniales, pero fue el siglo XIX el que más concretamente subsumió la estructura colonial de la Nueva España, por dos razones bastante sencillas: la primera, porque se trató del periodo histórico inmediato, y en segundo lugar y realmente más importante, porque significó de alguna manera, una respuesta contra ese sistema cerrado, que fue la fase colonial, aunque quizá al negar, afirmara.

¿Pero qué fue la Colonia?

¿Fue meramente un acto de fuerza, de rapiña, de ultraje, o fue el desarrollo gradual de la imposición de un sistema de vida conforme a ciertas características? Quien vea esta etapa como un mero fenómeno que se impuso ora casualmente, ora más bien como un intento de saqueo y de explotación, estará destinado a ver solamente la cara cruel de lo que esta etapa significó. Con lo anterior se quiere significar que dicho proceso englobó todas las relaciones

que se proyectaron, una vez iniciado, con todo lo que esto importa, desde las formas de conocimiento social más rudimentario, hasta la aplicación de una metodología más avanzada para analizar el conjunto de relaciones que se desarrollaron y que definieron los rasgos esenciales de la época colonial.

Podemos dividir a este periodo en dos grandes fases que van del ejercicio del poder basado en el conquistador (por la falta del establecimiento de un control administrativo central, entre las causas más importantes) a la instauración de un sistema metropolitano fuerte, como fuente de las actividades coloniales, es decir, de una descentralización del poder político a una centralización del mismo, lo que produjo dos efectos contrarios que a la postre tuvieron una gran relevancia para el desgaste de las relaciones coloniales; este asentamiento administrativo produjo como principal consecuencia que al final de este periodo se obtuviera un desarrollo económico sin paralelo en la historia de la Colonia; sin embargo, los beneficios de este desarrollo se concentraron en dos receptores, la corona y los peninsulares, lo que provocó la marginación fundamentalmente de los criollos, esto es, que España fue centralizando su poder, con el consiguiente monopolio de la riqueza, es decir, gobernó para sí (tal vez, lo tenía que hacer así) olvidando go-



bernar para su Colonia.

En lo económico bástenos recordar que la unidad principal de desarrollo del campo fue la hacienda, que contempló las características básicas del campo mexicano, mano de obra amplia y producción de explotación (aunque durante todo este periodo varió considerablemente, hasta llegar al sistema de peonaje acasillado).

Es realmente el siglo XVIII el que consolida las estructuras económicas de la Nueva España, entre ellas principalmente la hacienda (que por cierto no vuelve a entrar en apogeo hasta el porfiriato), producto de un proceso de adaptación gradual. En relación con los mercados se puede afirmar que eran restringidos en términos comerciales, ya que la mayoría de la población está marginada de la economía abierta, más o menos con las características de finales de este siglo. Así la hacienda como unidad económica que ligaba los productos al incipiente mercado colonial, era la principal abastecedora de recursos para las ciudades en donde se concentraban los posibles consumidores, que fueron aumentados paulatinamente, en proporción con el crecimiento de las ciudades (fundamentalmente fueron las ciudades del centro del país, ya que no es sino hasta el porfiriato donde los mercados se despliegan del centro a la periferia del país); además quisiera destacar que

la hacienda no sólo ligó a los campesinos económicamente (al principio por el simple trabajo y después por el endeudamiento) sino que en lo político a diferencia de la Encomienda, constituyó al menos hasta antes de que se iniciara el movimiento de independencia, una institución política eficaz y diluyente de las presiones más fuertes, ya que ejercía un control severo sobre la vida económica de los campesinos y fue un obstáculo inicial que impedía una organización agraria de la población campesina.

Por otra parte no podemos olvidar la gran fuente de riqueza en que consistió la minería, que también tuvo diferentes etapas de auge, pero principalmente en la segunda mitad del siglo XVIII (después, nuevamente tendrían que pasar cien años —hasta con don Porfirio—, para que la minería volviera a estar en bonanza).

Veamos algunos datos elocuentes: entre 1750 y 1804, casi duplicó las ganancias (de 14 millones a 27 millones) la producción de plata que aumentó hasta casi igualar a la del resto del mundo. Los principales centros mineros variaron poco en relación con el siglo XVI (al sur, Taxco, por ejemplo y al norte Zacatecas); en general se podía considerar a un trabajador minero en mejores condiciones que a los trabajadores del campo, pues en general los pagos por servicios eran mejores



que en cualquier otra área y como buena hija que era, por supuesto enviaba los productos mineros a la metrópoli, que por consiguiente recibía enormes beneficios.

Así pues, minería y hacienda iban tomadas de la mano durante el desarrollo económico de la Colonia y fueron los pilares sobre los que descansó dicha economía.

En general este periodo fue importante en extensión comercial, se incrementó el comercio en el puerto de Veracruz (los barcos que llegaron en la segunda parte del siglo XVIII fueron cinco veces más que en la primera parte de dicho siglo). Se desarrolló la industria textil fundamentalmente en Puebla y Querétaro, y los ingresos que obtenía la Corona por recaudaciones constituían casi la mitad de los ingresos totales de la Nueva España.

Podemos simplificar el periodo con una frase de Luis González: "para 1800, México se había convertido en uno de los países más ricos del orbe, en un país de mucha riqueza y máxima pobreza" y esto para él mismo creó una fuente de optimismo que impulsó en gran medida el movimiento de independencia.

El sistema colonial en la Nueva España engendró las contradicciones que finalmente desgajaron la relación entre metrópoli y colonia, aunque sentaron las bases para una nueva estructura de dependencia, una más sutil y más arrogante que la anterior.

En lo externo España luchaba por sostenerse, por sobrevivir, lo que redujo considerablemente los esfuerzos de atención que toda colonia merece, en ésta se había creado un aparato administrativo que se hizo viejo, y no sólo en el sentido tiempo, rígido y demasiado burocrático, por otro lado la estructura económica había marginado de sus goces no sólo a los sectores de la población que tradicionalmente se les asigna ese papel, sino a sus propios hijos (de antemano, les quitó, el papel de único factor de cambio), con esto colateralmente echó a andar su guillotina. Los criollos que incrustados en el núcleo de los intereses coloniales, se hallaban marginados, paradoja costosa para España, esa clase a la que sistemáticamente se le había negado el acceso a los beneficios del sistema colonial y que finalmente se constituyen en los autores que culminan la obra independentista.

Con este periodo, de prosperidad y de riqueza, por un lado, y de esperanza y de ilusión, por otro, finaliza, al menos para la historia formal, la época colonial.

Un mundo queda, siglo XIX

No es ya español, pero no vuelve a ser indígena, no es ya colonial, pero no es todavía lo suficientemente independiente para hacer su vida, tendrá que pasar un nuevo siglo, para ir nuevamente al encuentro revolucio-



nario, ese que exige una responsabilidad con el pasado, buscando un porvenir seguro y estable.

Es este siglo XIX, queriendo ser joven, confirmando a cada paso su vejez, lleno de historia anecdótica, de luchas singulares y de poder efímero (hasta antes de don Porfirio) y de actitudes prolijas. Es, pues, un siglo caracterizado por la desconfianza y la inseguridad, por consiguiente propicio para la sed caudillesca, como supuestos de orden y libertad.

A fines de la Colonia existió un pensamiento que a la postre fue altamente revolucionario, y era aquel que veía al país con una riqueza inmejorable y dotado bellamente por la naturaleza, tal pensamiento en la mente de los criollos hizo que demandaran para sí mismos, la administración del país; este mismo pensamiento se advierte en las pugnas entre liberales y conservadores, que culmina con el triunfo de los primeros en 1855.

Este mismo pensamiento es esgrimido nuevamente casi cien años después de que había cristalizado en el movimiento de independencia, en la persona de Francisco I. Madero, quien hacía un nuevo reclamo de la administración del país contra un régimen anquilosado. En la Colonia se hizo viejo el sistema, a fines del siglo XIX se hizo viejo don Porfirio. Este pensamiento que de alguna manera fue un agente de cambio

durante el siglo XIX, se muestra hoy poderosamente conservador, reaccionando a la inversa. De una administración abierta, que da cabida a los más diversos intereses y que halla su base en una estructura institucional, ya no se reclama una nueva administración, sino que ésta se extienda, se reclaman entonces nuevos puestos.

El movimiento de independencia marca una etapa histórica que como ya señalé anteriormente es la respuesta natural, más que necesaria, que se da a la práctica colonial. Hay dos momentos que enlazados definen el futuro del país en este siglo, por un lado se niega todo el pasado colonial, se niega una sociedad estática, por otra parte se presenta la elección del porvenir como una alternativa para construir una nueva sociedad. Parece romperse el hilo de la historia y el goce que produce es infinito, el momento es casi interminable.

Los trescientos años de tutelaje colonial, impidieron entre otras cosas, que el país empezara a tener una organización política idónea y una administración eficaz en términos de desarrollo, a la vez esto supone por otro lado, que no existieran estratos sociales cohesivos que pudieran conformar instituciones adecuadas, por consiguiente el país desde la independencia hasta el porfirato, que es en donde se define una organización más centralizada capaz



de promover políticas de desarrollo económico, no tuvo una estructura política y administrativa que hiciera frente más o menos con cierta dirección al reto del desarrollo.

La historia por ser una, parece ser siempre la misma; toda esta época reproduce en gran medida, los rasgos del pasado. Ante la ausencia de un sistema que coordinara los anhelos y las esperanzas de un pueblo por el progreso, al igual que con el conquistador en la primera fase de la colonia, esta etapa se caracteriza por un predominio del poder personal por sobre el poder institucional, así entonces el poder político a partir de la independencia empieza a depender del apoyo del ejército, las luchas políticas son monopolizadas por los dirigentes militares que en Santa Anna reproducen en carne y hueso el prototipo del caudillo.

De una manera rudimentaria, poder político y estructura económica van ligadas en el destino de una sociedad, una correrá la suerte que la otra le depare; sin una base económica estable, resultado de las luchas sangrientas por el logro de la independencia, de la desorganización prevaleciente para impulsar las ramas económicas importantes, los resultados en ambos aspectos fueron desastrosos y permitieron la supervivencia de las condiciones coloniales; un pueblo marginado, mísero en conciencia y muy pobre en su realidad diaria; la iglesia que siguió

concentrando bienes y riqueza y dirigiendo la vida espiritual; el ejército que toma carta de naturalización y se despliega como una fuerza insuperable que regula las pugnas ideológicas.

En el aspecto económico, todo este periodo hasta la época de la Reforma se define por una pobreza general; no existen comunicaciones, por lo que el país, en su gran mayoría continúa marginado y desintegrado y sin esta infraestructura elemental que une la cabeza con los pies, el país quedaba detenido a merced de las circunstancias (recordemos que el primer ferrocarril que se construye, el que va de México a Veracruz, es inaugurado en 1873).

Seguía predominando la economía de autoconsumo, pues en general seguían existiendo las fronteras coloniales entre los centros comerciales y el campo, en el que cada región se encontraba aislada y se proporcionaba su propio consumo que no excedía de lo elemental. No existía por lo tanto un mercado nacional más o menos con perfiles capitalistas y esta característica, sin embargo, se mantuvo casi intacta, hasta ya bien avanzado el siglo XIX. La minería había quedado en condiciones muy precarias después de las luchas por la independencia y como era la industria más importante con que contaba el país, sus efectos fueron bastante perniciosos para la economía del país; y no es sino



hasta el porfiriato en que vuelve a ascender la producción minera. Por lo que respecta a la industria textil, ésta había avanzado y se constituyó en la Reforma en uno de los aspectos más importantes de la economía nacional.

La balanza comercial empezó a ser deficitaria por sistema y desde entonces es uno de los problemas cruciales; era insignificante lo que se exportaba en materia prima por lo que se recibía en productos manufacturados, proceso explicado en gran parte por la coyuntura económica que representaban las economías en expansión, fundamentalmente en un principio la inglesa y posteriormente la norteamericana (por supuesto no sólo adquiriendo mercados para sus productos, sino en variadas formas, desde la inversión directa de capitales en las industrias básicas, como en el caso de la minería, hasta el control del comercio interior), lo que por otro lado cimentaron en gran medida las bases del desarrollo económico durante el porfiriato.

Todos estos problemas originados por una estructura económica débil e inconsistente, dieron lugar a problemas secundarios, que no por esto dejaron de ejercer su influencia sobre el contexto formativo del país, problemas como el del contrabando (que hoy en día se convierte en un deseo) que se hacían en las zonas portuarias, fundamentalmente en

aquellos puertos que por su lejanía geográfica del centro, impedían una vigilancia estrecha, lo que por otro lado demostraba la debilidad del poder central, preocupado más bien por asegurarse su poder político, que por extender su control administrativo.

En el campo siguieron existiendo las estructuras tradicionales de explotación y sojuzgamiento de la Colonia, con una tendencia creciente a concentrar tierras en pocas manos, que se hizo más evidente después de la Reforma, sobre todo a partir de la promulgación de la Ley Lerdo, la que provocó una transferencia a manos privadas de gran cantidad de tierras pertenecientes a comunidades campesinas, intensificando el latifundismo y el endeudamiento de los campesinos. Factores que le devolvieron la vida a la hacienda, como unidad económica importante. En toda esta época un fenómeno recoge fatalmente su imagen, el bandolerismo; representado por esos hombres que recalcan la sombra del pueblo y que hacen hincapié entre los límites de una sociedad atrasada, incipiente y pobre y una sociedad organizada, con recursos y poder real.

La paz impuesta por el porfiriato, despide, pues, el final de esta fase; paz basada en un principio en una centralización del poder, es decir, de un poder que se encontraba fraccionado en infinidad de partículas y



disperso por todo el territorio, pasa a un centro fuerte capaz de controlar el poder político y de dar energía al orden económico.

Paz, finalmente muy costosa, porque incluyó todos los actos de una sociedad en una persona, conformando las formas de expresión generales que desbordarían las fronteras políticas del porfiriato, marginando nuevamente a aquellos que de algún modo eran sus hijos, y este periodo finalmente, al cabo del tiempo poco lúcido para responder a las tentativas del tiempo, con lo que se sientan las bases del advenimiento del movimiento de 1910.

La dependencia colonial pues, fina-

lizó formalmente con el movimiento de independencia, sin embargo una nueva iba tomando su lugar, más definida y estructurada, abarcando todos los aspectos del desarrollo, preocupada por nuestras experiencias y expectante de los resultados, mientras en lo interior la falta de una coherencia social y política que al final se convirtió en un orden parcial, que significó la supresión de un desarrollo distributivo, impuso una nueva toma de conciencia, una actitud de las masas campesinas, que hacía ya cien años habían sido las impulsoras de un movimiento desgarrador, y que después se habían sumergido en la penuria, en la miseria y en la oscuridad.

